

Imagina el campo de narcisos de mi pueblo. Saliendo de mi casa, tienes que bajar las escaleras de piedra y seguir la carretera enmarcada por los álamos hasta llegar al desvío del cementerio. Allí, hay que saltar el muro que lleva al robledal.

Cuando los narcisos florecen al final del invierno y al principio de la primavera, los robles tienen todas las hojas a sus pies, tapando las raíces para que la nieve no las congele. Entre la alfombra marrón que forman las hojas, salen con fuerza las matas de narcisos que han sobrevivido a las heladas del invierno. Vuelven a nacer como cada año; erguidos y vivos, como si fuesen a crecer muchos metros. Atraviesan las hojas de los robles y su peso. La capa lisa que era uniformemente marrón se ve interrumpida por las hojas verdes, los tallos de los narcisos y encima; la flor suave, amarilla y húmeda. Desde lejos hacen que parezca que el campo es amarillo. Es complejo moverse a través de él si intentas no pisar ninguna mata de flores. Siento miedo cada vez que camino por el prado de narcisos porque las hojas de los robles no me dejan ver la tierra. Piso sobre ellas esperando que no haya nada debajo. No crujen como una hoja seca. Mi pie sobre las hojas se hunde al pisarlas y se me mojan los calcetines si llevo un calzado bajo. Hago ramos de narcisos. Suelen crecer unas seis flores por mata pero yo arranco solo dos. Mis dedos índice y pulgar acompañan el tallo, acariciándolo hasta llegar a la parte más baja, más cercana al suelo. Cuando mi mano roza el nacimiento de las hojas de la flor, y sólo cuando esto pasa, es cuando arranco el narciso, que suelta un líquido blanquecino y pegajoso por la parte por donde lo he arrancado. Cuando tengo el ramo, subo montaña arriba hasta casa.

Cuando tenía siete años intenté trasplantar un narciso del prado de los narcisos a la puerta de mi casa para no tener que bajar a ese prado siempre que quisiese ver uno.

Cavé un agujero en la tierra y metí el bulbo en la maceta, pero ese día no me lo llevé a casa, lo dejé en el prado para que se acostumbrase a estar en una maceta. Al día siguiente lo subí montaña arriba hasta llegar a casa, y al lado del porche de cristal hice un agujero donde planté el bulbo. Al año siguiente salió un narciso, pero nunca más volvió a florecer.